

CARTOGRAFÍAS EMOCIONALES: RESILIENCIA Y EDUCACIÓN EN LOS JÓVENES DE SOACHA

Yuri Lizeth González Parra¹

Código Orcid:

<https://orcid.org/0009-0000-5687-6325>

e-mail: yurylizz@hotmail.com

I.E.O. General Santander

Soacha- Cundinamarca

Colombia

María del Pilar Morera Galindo²

Código Orcid:

<https://orcid.org/0009-0000-3938-5604>

e-mail: mmorera@ieselbosque.edu.co

I.E.O. Ciudad Latina

Soacha- Cundinamarca

Colombia

Recibido: 28/08/2025

Aprobado: 22/09/2025

RESUMEN

El objetivo de este artículo, es profundizar y dar una mirada más holística, de lo que es el municipio de Soacha, en donde a simple vista es símbolo de resistencia, pero también de resiliencia, Soacha debería ser caracterizada por su perenne, por su echada pa'lante. Propone una creación de cartografías emocionales en donde los estudiantes del municipio de Soacha han atravesado miles de situaciones enmarcadas por la violencia, el desplazamiento, la desigualdad, el feminicidio, familias disfuncionales, la inseguridad, el aspecto económico, el social, y por qué no, en el sistema educativo y en esa lucha por responder a una demanda que poco a poco va creciendo. Entonces es allí, donde la educación se vuelve una ilusión en un mapa, donde las emociones solo revelan sus vulnerabilidades y no solo eso, a partir de este artículo deseamos crear experiencias motivadoras con referentes teóricos en donde se busca que los estudiantes puedan expresar su historia de vida y poder ser un puente en donde por medio de sus vivencias crean contextos adversos y encuentren en la educación esa ilusión de tener un estilo de vida distinto.

Palabras claves:

Resiliencia educativa, cartografía emocional, proceso formativo, jóvenes

¹ Trabajadora Social de la Universidad Minuto de Dios, Especialista en Gerencia Educativa de la Universidad Minuto de Dios, Pagadora de la Institución educativa General Santander

² Administradora de Empresas de la Universidad Minuto de Dios, Especialista en Gerencia de Proyectos de la Universidad Minuto de Dios, Pagadora de la Institución educativa Ciudad Latina.

EMOTIONAL CARTOGRAPHIES: RESILIENCE AND EDUCATION AMONG THE YOUTH OF SOACHA

ABSTRACT

The purpose of this article is to provide a deeper and more holistic view of the municipality of Soacha, a territory that, at first glance, stands as a symbol of resistance, but also of resilience. Soacha should be recognized for its perseverance, its determination, and its indomitable spirit. This work proposes the creation of emotional cartographies, in which the students of Soacha trace their experiences through thousands of situations marked by violence, displacement, inequality, femicide, dysfunctional families, insecurity, and economic and social hardship — and, why not, the challenges within the educational system itself, as it struggles to respond to an ever-growing demand.

It is there, in that struggle, where education becomes an illusion on a map — a space where emotions reveal their vulnerabilities. Through this article, we aim to generate motivational experiences supported by theoretical frameworks, allowing students to express their life stories and to become bridges of transformation. By reflecting on their lived experiences, they can reinterpret adverse contexts and rediscover in education the hope of shaping a different way of life.

Keywords: educational resilience, emotional cartography, formative process, youth.

Hablar de nuestro municipio de Soacha, es hablar de un territorio con muchas historias, de esperanzas dispersas y de Soachunos con muchos sueños que, como el ave fénix, han vuelto a renacer. El nombre de Soacha, proviene del lenguaje muisca “Xuacha con X”, que significa varón del sol.

Este artículo propone, entonces, identificar como incide las cartografías emocionales en las instituciones educativas del municipio de Soacha, y

como desde un ejercicio pedagógico y social, permita a los estudiantes narrar sus historias, reconocer sus emociones y transformar sus vulnerabilidades, en una resiliencia colectiva. La pregunta que guía esta reflexión es clara: ¿cómo los jóvenes Suachunos, pueden dibujar sus emociones en las instituciones educativas y convertirlas en un empuje de resistencia y resiliencia?

La respuesta, sin duda, implica reconocer que la educación en Soacha no es solo la transmisión de conocimientos, sino también un acto simbólico y vital de reconstrucción, de reaprender, de describir. Es Allí, donde la palabra de un docente puede ser ese efecto mariposa que moviliza emociones, genera confianza y abre caminos de esperanza. Según Urrego (2019), “Soacha es una síntesis de las fracturas del país, pero también un laboratorio de resistencia juvenil” (p. 12).

Soacha, guarda una gran historia, guarda un legado en donde muy adentro de este municipio, convertido en Ciudad, alguien salió de su lugar natal, huyendo de la violencia, del hambre, y porque no, de faltas de oportunidades, en esas calles disruptivas e invisibilizadas, en donde sus jóvenes cargan mochilas llenas de

sueños, llenos de esperanza, pero también guardan silencios, guardan miedos y esos sueños que buscan en algún momento poder florecer, es allí donde Milton Santos (2006), recuerda que “todo territorio es una trama de afectos” (p. 39), y es precisamente esa red afectiva que permite florecer, cuando las instituciones fallan. Soacha, desde sus 6 comunas, renace esa pedagogía del afecto que enseña a resistir, pero también a soñar.

La pregunta que guía este ensayo es sencilla y es, cómo los estudiantes pueden dibujar sus emociones en su ámbito escolar y cómo estas emociones pueden convertirse en la fuerza de resiliencia.

Entonces, para poder llegar a responder esta pregunta debemos realizar un contexto histórico y social del municipio, en dónde pensando en la educación y en los espacios de Gran vulnerabilidad se han podido plantear una reflexión sobre las instituciones y cómo pueden transformarse en un territorio de posibilidades de sueños de esperanzas de oportunidades.

Empecemos por decir que, este municipio es reconocido por todo el mundo por ser un municipio receptor de familias víctimas de la violencia en Colombia, de exclusión social, donde se evidencia a gran escala problemáticas como: la pobreza, la inseguridad, la desigualdad, el feminicidio y la fragmentación familiar, entre otras, es así como en estas realidades, emergen grandes oportunidades como la creatividad y resistencia a estas situaciones reconstruyendo así su sentido de pertenencia y dándole un motivo para que los jóvenes del municipio de Soacha, en

sus instituciones educativas, puedan construir como lo estoy llamando yo auténtica cartografía emocional y permitan que puedan trazar caminos de esperanza, de resiliencia y de bondad.

Además de lo anterior, también podemos hablar del crecimiento urbano acelerado, pasando de ser un pequeño municipio, a convertirse en una de las ciudades más pobladas del país. Según cifras del DANE (2023), la población supera el millón de habitantes, con un aumento que ha desbordado la capacidad de respuesta en servicios públicos, seguridad, empleo y educación.

Sin embargo, más allá de estas realidades, también encontramos un municipio vibrante, lleno de creatividad, juventud y resistencia. Uribe (2001) afirma que:

En los territorios atravesados por la violencia, las comunidades tejen nuevas formas de organización simbólica y social que les permiten resistir y rehacer sus vidas.

En ese sentido, Soacha no es solo carencia, es también arte, deporte, baile y se manifiesta como actos de resistencia frente a la exclusión.

Muchas veces pensamos que hablar de nuestras heridas es volvernos vulnerables, pero no es así, también hablar de nuestras heridas, desde lo más profundo de nuestro corazón, es decir que es, hablar desde nuestras cartografías emocionales, es también hablar de nuestra resiliencia y de reconocer como a pesar

de haber evidenciado tantas situaciones que la vida nos ha puesto, estamos renaciendo de unas cenizas ayudándonos a reconstruir, entonces el dialecto emocional, por decirlo así, surge en cada una de las aulas de nuestras instituciones educativas de Soacha.

Es, en este contexto donde emerge la idea de las cartografías emocionales, de mapas invisibles, que no aparecen en los textos o enciclopedias de geografía, pero que se dibujan en la experiencia de cada uno de estudiantes. Allí se palpan alegrías, sueños, esperanzas, ilusiones, emociones, miedos y por si fuera porco. Nuestras más incómodas frustraciones, Como sostiene Martha Nussbaum (2001), “las emociones nos enseñan lo que valoramos profundamente, revelan el tipo de mundo que queremos construir” (p. 53). Y que “las emociones son parte de la razón moral, son juicios sobre lo que valoramos profundamente” (p. 85). Reconocer las emociones de los jóvenes de Soacha es, por tanto, reconocer su potencial político y su derecho a imaginar un futuro diferente. En ese sentido, trabajar las emociones en las instituciones educativas, no es una tarea “fácil”, pero podemos recurrir a la práctica política que contribuye a la formación de ciudadanos sensibles y éticos, es por esto que, para Martín Varón (1998), “las emociones colectivas en contextos de vulnerabilidad no son únicamente respuestas individuales, sino formas de resistencia social”.

Es así, como la educación entonces, se convierte en un espacio privilegiado para construir estas cartografías y de la búsqueda constante de sentido, de esta manera lo plantea Paulo Freire (1997), “la educación verdadera es praxis, reflexión y acción del hombre sobre el mundo para transformarlo” y “educar es un acto de amor, pero también de coraje; es la posibilidad de transformar el mundo desde la conciencia crítica y la acción”. En Soacha, y en su institución, viene siendo entonces, un espacio donde tejen redes emocionales, en donde los estudiantes, encuentran amistades para hablar de su vida y construir lazos de amistad, el aula es convierte en un refugio, en donde la clase no solo es aprender alguna materia en específico, sino es la oportunidad, de construir redes de apoyo y la posibilidad de transformar el dolor en proyectos colectivos. En donde para el estudiante el docente con una sola palabra puede ayudar a construir o a destruir su autoestima, esos pequeños gestos que son casi imperceptibles hacen parte de una cartografía invisible que sostiene la experiencia educativa.

Desde la neurociencia, Damásio (1999) reafirma que “no hay decisiones racionales que no estén atravesadas por las emociones” (p. 88). Esta frase confirma, que la educación se complementa, desde lo cognitivo y lo emocional y no de forma separada. En contextos donde se evidencia de manera intrépida, la alta vulnerabilidad, como lo es el municipio de Soacha, los procesos de aprendizaje deben priorizarse desde la contención afectiva, la escucha activa y el fortalecimiento de la autoestima.

La analogía de las cartografías emocionales, permite desde un enfoque interpretativo analizar las experiencias de los estudiantes de manera individual y colectiva, quienes resignifican sus emociones en clave de aprendizaje, solidaridad y dignidad. Es así como se convierten en mapas simbólicos, en donde por medio de la resistencia emocional y en la educación, vuelven a creer en sus sueños y en las oportunidades que en algún momento fueron arrebatadas.

Si bien es cierto para Edgar Morin, la educación debe convertirse en una red de conexión interdependientes, en donde la fusión del docente podría crear una palabra motivadora para guiar, orientar acompañar; donde todo conocimiento debe estar entrelazado con el contexto humano, ético y social, el docente entonces a su vez; no es solo un transmisor aislado sino un nodo dentro de una red, es así como realiza un efecto mariposa donde su palabra puede ayudar a motivar, a construir lo micro, pero también impactar en lo macro.

Siguiendo con lo anterior, para Morin (2001), “la educación del futuro deberá enseñar la condición humana, la identidad terrenal y la comprensión mutua entre las personas” (p. 35). Entonces, debemos comprender que esta dinámica, nos invita a exigir y asumir la complejidad de los procesos educativos, integrando dimensiones sociales, culturales, emocionales y pedagógicas. Como afirma Morin (2006), “la misión del educador no es fabricar autómatas, sino despertar conciencias, fortalecer la comprensión y cultivar la humanidad en cada sujeto” (p. 42). esto quiere decir que, Las instituciones educativas, no puede reducirse a la

transmisión de contenidos; debe ser un territorio donde se reconozcan las heridas del desplazamiento, pero también donde se cultive la esperanza de un futuro sostenible, dando esto como un concepto de ecosistema emocional y social, generando un impacto real en la formación del ser. Tal como lo expone Freire (1970), “enseñar no es transferir conocimiento, sino crear las posibilidades para su propia producción o construcción” (p. 78). El docente entonces, ayudará a crear la confianza, la curiosidad y el deseo de aprender.

Explorar cómo la cartografía emocional, entendida como ese mapa invisible de experiencias, sentimientos y recuerdos, incide en el desarrollo personal y en la construcción de resiliencia de los jóvenes del municipio de Soacha, reconociendo que en su trayectoria educativa, están atravesadas por la vulnerabilidad, pero también por la esperanza y la capacidad de reinventarse, así mismo poder identificar las principales emociones que los estudiantes expresan en sus relatos educativos y cotidianos, comprendiendo cómo estas dan forma a un mapa de vida cargado de significados, pero además, analizando de qué manera esas cartografías emocionales se convierten en una herramienta de resistencia frente a las dificultades sociales, familiares y económicas que viven los jóvenes Soachunos.

Las cartografías emocionales, en este sentido, son trazos de resiliencia. A través de ellas, los estudiantes dejan atrás, aunque no olvidan el resentimiento y la rabia de la discriminación o el despojo, y abren espacio a la ilusión de que la educación puede convertirse en un puente hacia nuevas formas de vida. Como

sostiene Cyrulnik (2002), “la resiliencia es ese arte de navegar en los torrentes”, una metáfora que bien describe la experiencia de los jóvenes Soachunos, además de sostener que “la resiliencia no es un rasgo individual, sino un proceso que se construye con otros” (p. 67). Lo cual nos hace reflexionar y nos invita a pensar que, en las instituciones educativas, puedan generar ese espacio de red social, de resiliencia, donde el docente, genere solidaridad entre pares y genere un reconocimiento institucional de las heridas colectivas. En Soacha, hablando de sus fracturas, las Instituciones educativas, entonces, no son un refugio apolítico, sino un campo de lucha simbólica. En Soacha, educar implica acompañar a los jóvenes a reconstruir sus propias cartografías emocionales: reconocer sus miedos, su historia, su territorio, y transformarlos en aprendizajes.

En última instancia, las cartografías emocionales ofrecen una metodología crítica y humanista, que por ende permite escuchar las voces silenciadas y trazar mapas de esperanza en medio de la adversidad. Comprender las emociones de los jóvenes es comprender su geografía interna, sus heridas y sus sueños. Como señala Freire (1970), “nadie puede ser auténticamente humano si no aprende a sentir con los demás” (p. 103). Esta afirmación resume la esencia del presente artículo: educar no solo para conocer, sino para sentir, resistir y reconstruir.

El término resiliencia ha sido adoptado ampliamente por la psicología, pero muchas veces de forma acrítica, como si bastara con solo “ser fuerte” para sobrevivir a la violencia estructural. Boris Cyrulnik (2001) define la resiliencia como

“el arte de navegar en torrentes” (p. 63), lo que implica reconocer el dolor sin dejarse arrastrar por él. No obstante, este concepto, trasladado a contextos sociales como el de Soacha, debe repensarse.

A veces creemos que la Resiliencia es no ser vulnerable, sin embargo, es todo lo contrario, se utiliza de una forma no indiscriminada, puesto que se debe a la capacidad de transformar algo que llega a ser insoportable, y volverlo vivible, Ann Masten (2014) afirma que “la resiliencia no es un rasgo heroico, sino una capacidad ordinaria que emerge en contextos de apoyo” (p. 9). Pero ¿qué ocurre cuando ese contexto de apoyo no existe? En Soacha, muchos jóvenes crecen en entornos donde las instituciones fallan, las familias se fragmentan y la violencia se normaliza.

De esta manera, la resiliencia no puede entenderse solo como resistencia individual, sino como respuesta colectiva que surge de la solidaridad entre pares, el arte, el deporte o la escuela, tener la capacidad de salir más fortalecidos de la adversidad, regresando a una nuestra estabilidad mucho más fuerte, como un golpe letal y poder transformarlo en algo honorable, donde el poder de nuestra fuerza, biológica, afectiva y social, articulan para intervenir en la realidad, y poder a su vez modificarla, es por esto que, cuando la resiliencia se aplica en el cuerpo, en el alma, en el corazón y en la mente, se gesticula un triángulo, donde nace las estrategias mas importantes, donde personas como ustedes o como nosotras, podemos aplicarlas para intervenir una situación amarga y de esta forma, poder transformarla, es por eso que la resiliencia viene siendo algo psicobiológico, donde

es estratégico y también integral, por que aparte de crecer tu espíritu y tu alma, se unen como una oposición de fuerza de intenciones, generando un mejor ser humano, viviendo apasionadamente, entonces la resiliencia es el camino, te sostiene y te forja, y termina por acabar con ese tan llamado estado de ineptitud y también de fatalista.

Edith Grotberg (2006) complementa esta mirada al señalar que “la resiliencia florece cuando alguien cree en ti, cuando el entorno te da sentido y pertenencia” (p. 24). Este enunciado interpela directamente al sistema educativo: ¿están las escuelas de Soacha funcionando como espacios que fortalecen o que debilitan la resiliencia de sus jóvenes?

El riesgo de convertir la resiliencia en una narrativa de “autoayuda” despolitiza el problema social. Por eso, en este ensayo se plantea una resiliencia crítica, aquella que reconoce el contexto de desigualdad y apuesta por transformarlo, resistirlo, de esta manera lo podemos interpretar, como un artesano que manipula o moldea el barro y lo construye en algo mejor.

Desde la mirada crítica de Paulo Freire (1970), “nadie educa a nadie, nadie se educa solo: los hombres se educan entre sí, mediatizados por el mundo” (p. 58). Esta frase nos lleva a responder, si la educación viene siendo un acto de liberación, territorios como nuestro municipio de Soacha invita a Educar, donde las fracturas vienen siendo reconstruidas, como en Japón cuando se rompe una taza de té, ellos la vuelven a coser, la vuelven a salvar, o como lo llaman ellos, le hacen: “Kintsugi”,

la pegan, pero luego le aplican oro, no queda igual pero sigue siendo hermosa, no podemos quitar lo negativo, pero podemos ser resaltados con otro, como el “ arte del Kintsugi”, y podamos reconocer que los jóvenes también llegan a ser productores de grandes e invaluables conocimientos.

Así mismo, Henry Giroux (1997) amplía esta perspectiva cuando propone una pedagogía de la resistencia, referida como la capacidad de los estudiantes para narrarse, crear sentido y confrontar los discursos dominantes. Para él, “la educación no solo transmite conocimiento, también moldea subjetividades y construye esperanzas” (p. 34).

Finalmente, con este artículo invitamos a repensar las políticas educativas del municipio de Soacha, que muchas veces ignoran por completo las condiciones psicosociales de los estudiantes. Es así como Goleman (1996) advierte que “la falta de alfabetización emocional es una de las principales causas del fracaso escolar y social” (p. 121). Si las instituciones educativas, no enseñan a gestionar el dolor, la colera, el caos, la ira o la frustración, los jóvenes seguirán reproduciendo las violencias que viven fuera del aula. Por ello, el reto de las instituciones educativas en territorios como Soacha, no es únicamente mejorar los indicadores académicos, como un buen puntaje del ICFES, o el mejor estudiante, sino promover una pedagogía emocional transformadora que integre la resiliencia como eje transversal del proceso formativo.

BIBLIOGRAFÍA:

- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.
- Freire, P. (1997). *Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa*. Siglo XXI Editores.
- Giroux, H. A. (1997). *Pedagogía y política de la esperanza: Teoría, cultura y enseñanza*. Paidós.
- Goleman, D. (1996). *La inteligencia emocional*. Kairós.
- Grotberg, E. (2006). *La resiliencia en el mundo de hoy: Cómo superar las adversidades*. Gedisa.
- Masten, A. (2014). *Ordinary magic: Resilience in development*. Guilford Press.
- Morin, E. (2001). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. UNESCO.
- Morin, E. (2006). *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa.
- Cyrułnik, B. (2001). *Los patitos feos: La resiliencia, una infancia infeliz no determina la vida*. Gedisa.
- Cyrułnik, B. (2002). *El amor que nos cura*. Gedisa.
- Damásio, A. (1999). *El error de Descartes: La emoción, la razón y el cerebro humano*. Crítica.
- DANE. (2023). *Cifras de población del municipio de Soacha, Cundinamarca*. Departamento Administrativo Nacional de Estadística. <https://www.dane.gov.co>

- Nussbaum, M. (2001). *Upheavals of thought: The intelligence of emotions*. Cambridge University Press.
- Santos, M. (2006). *La naturaleza del espacio: Técnica y tiempo, razón y emoción*. Ariel.
- Uribe, M. T. (2001). *Las guerras por la nación en Colombia: 1810-2010*. Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Urrego, A. (2019). *Soacha: Territorio de resistencia juvenil*. Universidad Nacional de Colombia.
- Varón, M. (1998). *Las emociones colectivas en contextos de vulnerabilidad social*. *Revista Latinoamericana de Psicología Social*, 10(2), 45–60.